

Dejemos esto, y digamos cómo luego tornó á enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras capitánias por tierra, y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimileco con las vidas. Y porque ya estoy harto de escribir de los muchos reencuentros y batallas que en estos cuatro dias tuvimos con mejicanos, é no puedo dejar otra vez de hablar en ellas, digo que cuando amaneció vinieron desta vez tantos culchías mejicanos por los esteros, y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos; y luego nos salimos de aquella ciudad á una gran plaza que estaba algo apartada del pueblo, donde solian hacer sus mercados; y allí, puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés comenzó á hacer un parlamento cerca del peligro en que estábamos, porque sabíamos cierto que en los caminos é pasos malos nos estaban aguardando todo el poder de Méjico y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; é nos dijo que seria bien, é así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados y dejásemos el fardaje é hato, porque no nos estorbaba para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oimos, todos á una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas é la suya, y que seria gran poquedad si tal hiciésemos; y desde que vió nuestra voluntad y respuesta, dijo que á la mano de Dios lo encomendaba; y luego se puso en concierto cómo habíamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de á caballo repartidos, la mitad dellos delante y la otra mitad en la retaguarda, y los ballesteros tambien con todos nuestros amigos, é allí poníamos mas recaudo, porque siempre los mejicanos tenían por costumbre que daban en el fardaje; de los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenían pólvora ninguna; y desta manera comenzamos á caminar. Y cuando los escuadrones mejicanos que habia enviado Guatemuz aquel dia vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimileco, creyeron que de miedo no los osábamos esperar, como ello fué verdad, y salen de repente tantos dellos y se vienen derechos á nosotros, é hirieron dos soldados, é dos murieron de ahí á ocho dias, é quisieron romper y desbaratar por el fardaje; mas, como íbamos con el concierto que he dicho, no tuvieron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos á un gran pueblo que se dice Cuyoacoan, que está obra de dos leguas de Suchimileco, nunca nos faltaron rebatos de guerreros que nos salían en partes que no nos podíamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara y piedra y flecha; y como tenían cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo. Pues llegados á Cuyoacoan á obra de las diez del dia, hallámosla despoblada. Quiero ahora decir que están muchas ciudades las unas de las otras cerca, de la gran ciudad de Méjico obra de dos leguas, porque Suchimileco y Cuyoacoan y Chohuilobusco é Iztapalapa y Coadlauaca y Mezquique, y otros tres ó cuatro pueblos que están poblados los mas dellos en el agua, que están á legua y media ó á dos leguas las unas de las otras, y de todas ellas se habian juntado allí en Suchimileco muchos indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos á decir que como llegamos á aquel gran pueblo ya estaba despoblado, y está en tierra llana, acordamos de

reposar aquel dia que llegamos é otro, porque se curasen los heridos y hacer saetas, porque bien entendido teníamos que habíamos de haber mas batallas antes de volver á nuestro real, que era Tezcuco; é otro dia muy de mañana comenzamos á caminar, con el mismo concierto que solíamos llevar, camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres les resistimos, y los de á caballo los seguian por tierra llana hasta que se acogian á los esteros é acequias; é yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de á caballo á echar una celada á los mejicanos que salian de aquellos esteros y salian á dar guerra á los nuestros, y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los mejicanos hacian que iban huyendo, y Cortés con los de á caballo y sus criados siguiéndoles; y cuando miró por sí estaba una gran capitania de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de á caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedarán muertos ó presos. Por manera que apañaron los mejicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos los llevaron á Guatemuz é los sacrificaron. Dejemos de hablar deste desman por causa de Cortés, y digamos cómo habíamos ya llegado á Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los mas de á caballo habian llegado, y tambien Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí, y Cortés no venia con los diez de á caballo que llevó en su compañía. Tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algun desman, y luego fuimos con Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí é Andrés de Tapia en su busca, con otros de á caballo, hacía los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habian ido con Cortés, que se escaparon, é se decía el uno Monroy y el otro Tomás de Rijoies, y dijeron que ellos por ser ligeros escaparon, é que Cortés y los demás se vienen poco á poco porque traen los caballos heridos; y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso; llamábanse los mozos de espuelas que llevaron á Méjico á sacrificar, el uno Francisco Martín Vendobal, y este nombre de Vendobal se le puso por ser algo loco, y el otro se decía Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés á Tacuba, llovía mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios; y Cortés con otros capitanes y el tesorero Alderete, que venia ya malo, y el fraile Melgarejo y otros muchos soldados subimos en el gran cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de Méjico, que está muy cerca, y toda la laguna y las mas ciudades que están en el agua pobladas; y cuando el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de Méjico y la laguna y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos y otras iban á pescar y otras baldías, mucho mas se espantaron, porque no las habian visto hasta en aquella sazón; y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de

Dios era quien nos sostenia; é que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leído en ninguna escritura que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios á su rey como son los nuestros, é que ahora lo dicen muy mejor, y que dello harian relacion á su majestad. Dejemos de otras muchas pláticas que allí pasaron, y cómo consolaba el fraile á Cortés por la pérdida de sus mozos de espuelas, que estaba muy triste por ellos; y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran cu del ídolo Huichilóbos y el Tattelulco y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y las puentes y calzada por donde salimos huyendo; y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traia, por los hombres que le mataron antes que en el alto cu subiese; y desde entonces dijeron un cantar ó romance:

En Tacuba está Cortés  
Con su escuadron esforzado,  
Triste estaba y muy penoso,  
Triste y con gran cuidado,  
La una mano en la mejilla,  
Y la otra en el costado, etc.

Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Perez, que después de ganada la Nueva-España fué fiscal é vecino en Méjico: « Señor capitán, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced:

Mira Nero, de Tarpeya,  
A Roma cómo se ardia.

Y Cortés le dijo que ya veia cuántas veces habia enviado á Méjico á rogales con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de ver hasta tornar á señorear, y que con la ayuda de Dios presto lo porníamos por la obra. Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo dellos, y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros capitanes y soldados si daríamos una vista á la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba, donde estábamos; y como no habia pólvora ni muchas saetas, y todos los mas soldados de nuestro ejército heridos, acordádosenos que otra vez, poco mas habia de un mes, que Cortés les probó á entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba, y estuvo en gran peligro; porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y fué acordado que luego nos fuésemos nuestro camino, por temor no tuviésemos en ese dia ó en la noche alguna refriega con los mejicanos; porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad de Méjico, y con la llevada que entonces llevaron vivos de los soldados no enviase Guatemuz sus grandes poderes contra nosotros; y comenzamos á caminar, y pasamos por Escapuzalco y hallámosle despoblado, y luego fuimos á Tenayuca, que era gran pueblo, que le solíamos llamar el pueblo de las Serpes. Ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello habla, que tenían tres serpes en el adoratorio mayor en que adoraban, y las tenían por sus ídolos, y tambien estaban despoblados; y desde allí

fuimos á Guatitlan, y en todo este dia no dejó de llover muy grandes aguaceros, y como íbamos con nuestras armas áuestas, que jamás las quitábamos de dia ni de noche, y con la mucha agua y del peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecía á aquel gran pueblo, y tambien estaba despoblado, y en toda la noche no dejó de llover, y habia grandes lodos, y los naturales dél y otros escuadrones mejicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podíamos hacer mal; y como hacia muy oscuro y llovía, no se podian poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno ni acertábamos con los puestos; y esto digo porque á mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió á mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el real. Dejemos deste descuido, y tornemos á decir que otro dia fuimos camino de otra gran poblacion, que no me acuerdo el nombre, y habia grandes lodos en él, y hallámosla despoblada; y otro dia pasamos por otros pueblos y tambien estaban despoblados; y otro dia llegamos á un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcuco; y como supieron en Tezcuco cómo íbamos, salieron á recibir á Cortés é vinieron muchos españoles que habian venido entonces de Castilla. Y tambien vino á recibirnos el capitán Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el señor de Tezcuco, que ya he dicho que se decía don Fernando; y se hizo á Cortés buen recibimiento, así de los nuestros como de los recién venidos de Castilla, y muchos mas de los naturales de los pueblos comarcanos; pues trujeron de comer, y luego esa noche se volvió Sandoval á Tezcuco con todos sus soldados á poner en cobro su real. Y otro dia por la mañana fué Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco; y como íbamos cansados y heridos, y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los mejicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenían ordenada una conjuracion ciertas personas de calidad, de la parcialidad de Narvaez, de matar á Cortés y á Gonzalo de Sandoval é á Pedro de Albarado é Andrés de Tapia. Y lo que mas pasó diré adelante.

## CAPITULO CXLVI.

Cómo desde llegamos con Cortés á Tezcuco con todo nuestro ejército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenían concertado entre ciertas personas de los que habian pasado con Narvaez, de matar á Cortés y á todos los que fuésemos en su defensa; y quien fué primero autor de aquella chirinola fué uno que habia sido gran amigo de Diego Velazquez, gobernador de Cuba; al cual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia; y cómo se herraron los esclavos y se aperció todo el real y los pueblos nuestros amigos, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que mas pasaron.

Ya he dicho, como veníamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba, que se decía Antonio de Villafaña, natural de Zamora ú de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narvaez, los cuales no nombro sus nombres por su honor, que así como viniese Cortés de aquella entrada, que le mataban, y habia de ser desta manera: que, como en aquella sazón habia venido un navío de Castilla, que cuando

Cortés estuviese sentado á la mesa comiendo con sus capitanes é soldados, que entre aquellas personas que tenían hecho el concierto, que trujesen una carta muy cerrada y sellada, como que venia de Castilla, y que dijese que era de su padre Martín Cortés, y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés como á todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenían concertado, quiso nuestro Señor que dieron parte del negocio á dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habian ido en la entrada con nosotros, y aun á uno dellos en el concierto que tenían le habian nombrado por uno de los capitanes generales después que hubiesen muerto á Cortés; y asimismo á otros soldados de los de Narvaez hacian alguacil mayor é alférez, y alcaldes y regidores, y contador y tesorero y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos; y este concierto estuvo encubierto dos dias después que llegamos á Tezcucuo; y nuestro Señor Dios fué servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva-España y todos nosotros muriéramos, porque luego se levantaron bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió á Cortés, que luego pusiese remedio en ello antes que mas fuego sobre aquel caso se encendiese; porque le certificó aquel buen soldado que eran muchas personas de calidad en ello; y como Cortés lo supo, después de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Albarado é Francisco de Lugo, y á Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval, é Andrés de Tapia é á mí, y á dos alcaldes ordinarios que eran de aquel año, que se decian Luis Marin y Pedro de Ireio, y á todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercebimos, y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafañá, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano al Villafañá con cuatro alguaciles que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con el Villafañá estaban comenzaron á huir, y Cortés les mandó detener y prender algunos dellos; y cuando tuvimos preso al Villafañá, Cortés le sacó del seno el memorial que tenia con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo; y como lo hubo leído, y vió que eran muchas personas en ello de calidad, é por no infamarlos, echó fama que comió el memorial el Villafañá, y que no le habia visto ni leído, é luego hizo proceso contra él; y tomada la confesion, dijo la verdad, é con muchos testigos que habia de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestre de campo Cristóbal de Olí, y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafañá; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazón echaron presos á muchos por poner temores y hacer señal que queria hacer justicia de otros; y como el tiempo no daba lugar á ello, se disimuló; y luego acordó

Cortés de tener guarda para su persona, y fué su capitán un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de día y de noche, y á nosotros de los que sentia que éramos de su banda, nos rogaba que mirásemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba dellos. Dejemos esta materia, y digamos cómo luego se mandó pregonar que todos los indios é indias que habíamos habido en aquellas entradas los llevasen á herrar dentro de dos dias á una casa que estaba señalada para ello; y por no gastar mas palabras en esta relacion sobre la manera que se vendian en la almoneda, mas de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herraron, si mal lo habian hecho de antes, muy peor se hizo esta vez, que, después de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que metiamos á herrar, las hurtaban de noche del monton, que no parecian hasta de ahí á buenos dias; y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas, que después teniamos por naborias. Dejemos de hablar en esto, y digamos lo que después en nuestro real se ordenó.

## CAPITULO CXLVII.

Cómo Cortés mandó á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcucuo, que hiciesen almacen de saetas é casquillos de cobre, y lo que en nuestro real mas pasó.

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafañá, y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar á Cortés y á Pedro de Albarado y al Sandoval y á los que fuésemos en su defensa, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; é viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos, y puestas sus jarcias y velas y remos muy buenos, y mas remos de los que habian menester para cada bergantin, y la zanja de agua por donde habian de salir á la laguna muy ancha é hondable, envió á decir á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cerca de Tezcucuo, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que tambien les llevaron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que trujesen las saetas y casquillos á nuestro real; lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron mas de cincuenta mil casquillos y otras tantas mil saetas, y los casquillos fueron mejores que los de Castilla; y luego mandó Cortés á Pedro Barba, que en aquella sazón era capitán de ballesteros, que los repartiese, así saetas como casquillos, entre todos los ballesteros, é que les mandase que siempre desbastasen el almacen, y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raíces que se dice cactile; y asimismo mandó al Pedro Barba que cada balletero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda ó faltase la nuez, que luego se pusiese otra, é que siempre tirasen á terrero y vieses á

qué pasos allegaba la fuga de sus ballestas, y para ello seles dió mucho hilo de Valencia para las cuerdas; porque en el navío que he dicho que vino pocos dias habia de Castilla, que era de Juan de Búrgos, trujo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas y otras muchas armas, y herraje y escopetas. Y tambien mandó Cortés á los de á caballo que tuviesen sus caballos herrados y las lanzas puestas á punto, é que cada dia cabalgasen y corriesen y les mostrasen muy bien á revolver y escaramuzar; y hecho esto, envió mensajeros y cartas á nuestro amigo Xicotenga el viejo, que, como ya he dicho otras veces, era vuelto cristiano y se llamaba don Lorenzo de Vargas, y á su hijo Xicotenga el mozo, y á sus hermanos y al Chichimecatecle, haciéndoles saber que en pasando el dia de Corpus Christi habiamos de partir de aquella ciudad para ir sobre Méjico á ponerle cerco, y que le enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlascalá y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas; é ya lo sabian los tlascaltecas de sus mismos indios el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro real cargados de despojos de las entradas que haciamos. Tambien apercibí á los de Chalco y Talmanalco y sus sujetos que se apercibiesen para cuando los enviásemos á llamar; y se les hizo saber como era para poner cerco á Méjico, y en qué tiempo habiamos de ir; y tambien se les dió á don Hernando, señor de Tezcucuo, y á sus principales y á todos sus sujetos, y á todos los mas pueblos nuestros amigos; y todos á una respondieron que lo harian muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba á mandar, é que vernian, y los de Tlascalá vinieron pasada la pascua del Espíritu Santo. Hecho esto, se acordó de hacer alarde un dia de pascua; lo cual diré adelante el concierto que se dió.

## CAPITULO CXLVIII.

Cómo se hizo alarde en la ciudad de Tezcucuo en los patios mayores de aquella ciudad, y los de á caballo, ballesteros y escopeteros y soldados que se hallaron, y las ordenanzas que se pregonaron, y otras cosas que se hicieron.

Después que se dió la orden, así como antes he dicho, y se enviaron mensajeros y cartas á nuestros amigos los de Tlascalá y á los de Chalco, y se dió aviso á los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros capitanes y soldados que para el segundo dia del Espíritu Santo, que fué el año de 1521 años, se hiciese alarde; el cual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcucuo, y halláronse ochenta y cuatro de á caballo y seiscientos y cincuenta soldados de espada y de rodela, é muchos de lanzas, é ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros; y destes se sacaron para los trece bergantines los que ahora diré: para cada bergantin doce ballesteros y escopeteros, estos no habian de remar; y demás desto, tambien se sacaron otros doce remeros para cada bergantin, á seis por banda, que son los doce que he dicho. Y demás desto, un capitán por cada bergantin. Por manera que sale á cada bergantin á veinte y cinco soldados con el capitán, é trece bergantines que eran, á veinte y cinco soldados, son ducientos y ochenta y ocho, y con los artilleros que les dieron, demás de los veinte y cinco soldados, fueron

en todos los bergantines trecientos soldados por la cuenta que he dicho; y tambien les repartió los tiros de frutera é balconetes que teniamos y la pólvora que les parecia que habian menester; y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habiamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro Señor Jesucristo ni de nuestra Señora su bendita Madre, ni de los santos apóstoles ni otros santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningun soldado tratase mal á nuestros amigos, pues iban para os ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habian adquirido en la guerra, ni plata ni chalchuis.

Lo tercero, que ningun soldado fuese osado de salir ni de día ni de noche de nuestro real para ir á ningun pueblo de nuestros amigos ni á otra parte á traer de comer ni á otra cualquier cosa, so graves penas.

Lo cuarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas y bien colchadas, y gorjal y papahigos y antiparas y rodela; que, como sabiamos, que era tanta la multitud de vara y piedra y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decia el pregon.

Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo ni armas por vía ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningun soldado ni hombre de á caballo ni balletero ni escopetero duerma sin estar con todas sus armas vestidas y con alpagates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas ó estar doliente, porque estuviésemos muy bien aparejados para cualquier tiempo que los mejicanos viniesen á nos dar guerra. Y demás desto, se pregonaron las leyes que se mandan guardar en lo militar, que es al que se duerme en la vela ó se va del puestó que le ponen, pena de muerte; y se pregonó que ningun soldado vaya de un real á otro sin licencia de su capitán, so pena de muerte. Mas se pregonó, que el soldado que dejare su capitán en la guerra ó batalla é se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que mas se entendió.

## CAPITULO CXLIX.

Cómo Cortés buscó á los marineros que eran menester para remar en los bergantines, y se les señaló capitanes que habian de ir en ellos, y de otras cosas que se hicieron.

Después de hecho el alarde ya otras veces dicho, como vió Cortés que para remar los bergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocian los que habiamos traído en nuestros navíos que dimos al través con ellos cuando venimos con Cortés, é asimismo se conocian los marineros de los navíos de Narvaez y de los de Jamáica, y todos estaban puestos por memoria y los habian apercebido porque habian de remar, y aun con todos ellos no habia recaudo para todos trece bergantines, y muchos dellos rehusaban y aun decian que no habian de remar; y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros y habian visto que iban á pescar, ó si eran de Pálos ó Moguer ú de Triana ú del Puerto ú de otro cualquier puerto ó parte donde hay marineros, les mandaba, so graves penas, que entrasen en los bergantines, y aunque mas hidalgos dijese que eran, les hizo ir á remar; y desta manera juntó ciento y cincuenta hombres para

remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré; y desde Cortés les hubo mandado que anduviesen en los bergantines, y les repartió los ballesteros y escopeteros y pólvora y tiros é saetas y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantin las banderas reales y otras banderas del nombre que se decía ser el bergantin, y otras cosas que convenian, nombró por capitanes para cada uno dellos á los que ahora aquí diré: á Garcí-Holguín, Pedro Barba, Juan de Limpías, Carvajal el sordo, Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal, su compañero, que ahora es muy viejo y vive en la calle de San Francisco; é á un Portillo, que entonces vino de Castilla, buen soldado, que tenía una mujer hermosa; é á un Zamora, que fué maestre de navíos, que vivía ahora en Guaxaca; é á un Colmenero, que era marinero, buen soldado; é á un Lerma é á Ginés Nortes é á Briones, natural de Salamanca; el otro capitán no me acuerdo su nombre; é á Miguel Díaz de Auz; é cuando los hubo nombrado, mandó á todos los ballesteros y escopeteros é á los demás soldados que habían de remar, que obedeciesen á los capitanes que les ponía y no saliesen de su mandado, so graves penas; y les dió las instrucciones que cada capitán había de hacer y en qué puesto habían de ir de las calzadas é con qué capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle á decir á Cortés que venían los capitanes de Tlascalca con gran copia de guerreros, y venía en ellos por capitán general Xicotenga el mozo, el que fué capitán cuando las guerras de Tlascalca, y este fué el que nos trataba la traición en Tlascalca cuando salimos huyendo de Méjico, según otras muchas veces lo he referido; é que traía en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo don Lorenzo de Várgas, é que traía gran copia de tlascaltecas y de Guaxocingo, y otro capitán de cholultecas; y aunque eran pocos, porque á lo que siempre vi, después que en Cholula se les hizo el castigo ya otra vez por mí dicho en el capítulo que dello habla, después acá jamás fueron con los mejicanos ni aun con nosotros, sino que se estaban á la mira, que aun cuando nos echaron de Méjico no se hallaron ser nuestros contrarios. Dejemos esto, y volvamos á nuestra relación: que como Cortés supo que venía Xicotenga y sus hermanos y otros capitanes, é vinieron un día primero del plazo que les enviaron á decir que viniesen, salió á les recibir Cortés un cuarto de legua de Tezcuco, con Pedro de Albarado y otros nuestros capitanes; y como encontraron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato y les abrazó, y á todos los mas capitanes, y venían en gran ordenanza y todos muy lucidos, con grandes divisas cada capitania por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas; traían sus alféreces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas y espadas de á dos manos y varas con tiraderas, é otros macanas y lanzas grandes é otras chicas é sus penachos, y puestos en concierto y dando voces y gritos é silbos, diciendo: «¡Viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlascalca, Tlascalca!» Y tardaron en

entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real había; é después de muchos abrazos y ofrecimientos que los haría ricos, se despidió dellos y les dijo que otro día les diría lo que habían de hacer, é que ahora venían cansados, que reposasen; y en aquel instante que llegaron aquellos caciques de Tlascalca que dicho tengo, entraron en nuestro real cartas que enviaba un soldado que se decía Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de Méjico obra de noventa leguas; y lo que en ella se contenía era que habían muerto los mejicanos en el tiempo que nos echaron de Méjico á tres compañeros suyos cuando estaban en las estancias y minas donde los dejó el capitán Pizarro, que así se llamaba, para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si había minas ricas de oro, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y que el Barrientos que se acogió á aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de mejicanos. Este pueblo fué donde trujeron las picas cuando fuimos sobre Narvaez. Y porque no hacen al caso á nuestra relación otras particularidades que decía en la carta, se dejará de decir; y Cortés sobre ella le escribió en respuesta dándole relación de la manera que íbamos de camino para poner cerco á Méjico, y que á todos los caciques de aquellas provincias les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los mejicanos. Dejemos esto, y digamos cómo Cortés ordenó de la manera que habíamos de ir á poner cerco á Méjico, y quién fueron los capitanes, y lo que mas en el cerco sucedió.

## CAPITULO CL.

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros por tierra á poner cerco á la gran ciudad de Méjico, y los capitanes que nombró para cada guarnición, y los soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habíamos de asentar nuestros reales.

Mandó que Pedro de Albarado fuese por capitán de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dió treinta de á caballo y diez y ocho escopeteros y ballesteros, y nombró que fuesen juntamente con él á Jorge de Albarado, su hermano, y á Gutierre de Badajoz y á Andrés de Monjaraz, y estos mandó que fuesen capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto á una capitania como á otra; y que el Pedro de Albarado fuese capitán de los de á caballo y general de las tres capitánias, y le dió ocho mil tlascaltecas con sus capitanes, y á mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Albarado, y que fuésemos á poner sitio en la ciudad de Tacuba; y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahigos y gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas y lanzas y macanas y otras armas de espadas de á dos manos con que los mejicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados; y aun con todo esto, cada día que bata-

llábamos había muertos y heridos, según adelante diré. Pasemos á otra capitania.

Dió á Cristóbal de Olí, que era maestre de campo, otros treinta de á caballo y ciento y setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, según de la manera que los dió á Pedro de Albarado; y le nombró otros tres capitanes, que fué Andrés de Tapia y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen los soldados y escopeteros y ballesteros; y que el Cristóbal de Olí fuese capitán general de las tres capitánias y de los de á caballo, y le dió otros ocho mil tlascaltecas, y le mandó que fuese á asentar su real en la ciudad de Cuayoacan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnición de soldados hizo capitán á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dió veinte y cuatro de á caballo y catorce escopeteros y ballesteros y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y mas de ocho mil indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo y de otros pueblos por donde el Sandoval había de ir, que eran nuestros amigos, y le dió por compañeros y capitanes á Luis Marin y á Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese á su cargo los de á caballo y que fuese general de todos, y que sentase su real junto á Iztapalapa, é que le diese guerra y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado; y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitán de los bergantines, estaba muy á punto para salir con los trece bergantines por la laguna; en los cuales llevaba trecientos soldados, con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí habíamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos á mano derecha y los otros desviados por otro camino; y esto es así, porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que á juntar. Dejemos de hablar mas en ello, y digamos que á cada capitán se le dió las instrucciones de lo que les era mandado; y como nos habíamos de partir para otro día por la mañana, y porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las capitánias de Tlascalca hasta llegar á tierra de mejicanos. E yendo que iban los tlascaltecas descuidados con su capitán Chichimecatecle, é otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga el mozo, que era el capitán general dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se había hecho ó adónde se había quedado, alcanzaron á saber que se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascalca, y que iba á tomar por fuerza el cacicazgo é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle; y las causas que para ello decían los tlascaltecas eran, que como el Xicotenga el mozo vió ir los capitanes de Tlascalca á la guerra, especialmente á Chichimecatecle, que no tendría contraditores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga el ciego, que como padre le ayudaría, y nuestro amigo Masse-Escaci, que ya era muerto; é á quien temía era al Chichimecatecle. Y también dijeron que siempre

conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir á la guerra de Méjico, porque le oían decir muchas veces que todos nosotros y ellos habían de morir en ella. Pues desde aquello vió y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba á tomar, vuelve del camino mas que de paso, é viene á Tezcuco á hacerse saber á Cortés; é como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlascalca, amigos del Xicotenga, á hacerle volver del camino, y le dijese que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mejicanos, y que mire que su padre don Lorenzo de Várgas, si no fuera viejo y ciego, como estaba, viniera sobre Méjico; y que pues toda Tlascalca fueron y son muy leales servidores de su majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envié á hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daría oro y mantas porque volviese; y la respuesta que le envié á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escaci le hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dijo que no quería venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento á un alguacil, y con cuatro de á caballo y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen que lo ahorcasen; é dijo: «Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos;» y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Albarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés ó le dió buena respuesta ó secretamente mandó al alguacil é á los de á caballo que no le dejasen con la vida; y así se hizo, que en un pueblo sujeto á Tezcuco le ahorcaron, y en esto hubieron de parar sus traiciones. Algunos tlascaltecas hubo que dijeron que su padre don Lorenzo de Várgas envió á decir á Cortés que aquel su hijo era malo y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dejemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel día sin salir de Tezcuco; y otro día, que fueron 13 de mayo de 1521 años, salimos entrambas capitánias juntas; porque así Cristóbal de Olí como Pedro de Albarado habíamos de llevar un camino, y fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, que se dice Aculma; y pareció ser que el Cristóbal de Olí envió adelante á aquel pueblo á tomar posada, y tenía puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuteas; y cuando llegamos con Pedro de Albarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habíamos echado mano á las armas los de nuestra capitania contra los de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos; y desde allí lo hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á fray Pedro Melgarejo y al capitán Luis Marin, y escribió á los capitanes y á todos nosotros, reprendiéndonos por la cuestión y persuadiéndonos la paz; y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes, que fué Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí;